



**ANTONIO MARÍA ARTOLA, *PALABRA INTERIOR E INSPIRACIÓN DE LA SAGRADA ESCRITURA*, ESTUDIOS BÍBLICOS 79; VERBO DIVINO, ESTELLA 2021.**

Este libro es una síntesis de alguien que ha dedicado toda su vida a este tema de la inspiración bíblica. De la pág. 325 a la 328 encontramos en orden diacrónico toda la bibliografía de A. M. Artola sobre este tema desde el año 1964 hasta el año 2017.

El autor comienza situando la reflexión sobre la inspiración en su devenir histórico. Y esto para poder comprender mejor toda la expectativa generada en el proceso de elaboración de la constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la divina revelación. De hecho fue el único texto conciliar sometido después de todas las discusiones en el aula conciliar a una última deliberación para estudiar las propuestas personales de Pablo VI. La *Dei Verbum* había tenido un complicado proceso de redacción, desde el 20 de noviembre de 1962, cuando fue rechazada la redacción de la comisión doctrinal y Juan XXIII lo pasó a una comisión mixta en donde estuvieran algunos miembros del secretariado para la unidad de los cristianos, hasta el 18 del mismo mes de 1965. Fue especialmente debatido el punto 11 sobre inspiración e inerrancia, que después fue titulado como “inspiración y verdad”. Gran parte del debate estaba en la inerrancia como consecuencia de la inspiración bíblica, pues esta era la “cuestión bíblica” que tanta discusión había generado en el último siglo, y especialmente en las décadas más cercanas al Concilio Vaticano II.

Desde las últimas décadas del s. XIX con el modernismo, hasta el Concilio Vaticano II, la Biblia y su interpretación estuvo sometida a continuas discusiones y conflictos. En los días en que fue convocado el Concilio se vivía un fuerte debate centrado en la crítica histórica de los evangelios, al que respondió la publicación de la Pontificia Comisión Bíblica de 1964. Pero la discusión continuó durante los trabajos del Concilio.

La puerta para poder comprender la inspiración bíblica en diálogo con las ciencias naturales e históricas la había abierto ya Pío XII con la encíclica *Divino Afflante Spiritu*, en donde quedó abierto el estudio de los géneros literarios y con ello la intención del autor inspirado. De aquí a que el autor inspirado sea considerado como verdadero autor quedará el paso que da la *Dei Verbum*. Y cuando la redacción y aprobación de esta constitución sobre la Revelación pudo llegar a su fin, una gran mayoría sintieron alivio, pues se había suprimido el estrecho corset de la inerrancia, y se había definido la inspiración y la verdad de manera más positiva como una verdad para nuestra salvación. Y de esta manera el estudio histórico de la Biblia quedaba más abierto y mejor delimitado.

De este tema el Magisterio no volvió a publicar nada hasta el año 2014, cuando la Pontificia Comisión Bíblica publica *La inspiración y la verdad de la Sagrada Escritura*. Particularmente recuerdo la primera clase en el Pontificio Instituto Bíblico con R. Le Déaut, en un curso sobre la inspiración de la LXX. Nos decía *sottovoce*, a los pocos alumnos que habíamos escogido esta asignatura opcional, que de este tema no se hablaba, “ni siquiera en este centro pontificio”. En los cursos que impartimos en los seminarios y facultades, cuando presentamos la exégesis de algunos textos apenas hablamos de la inspiración. Yo he ido descubriendo con el tiempo lo importante que es esto para una mejor comprensión, tanto del autor inspirado y de su experiencia mística en su vocación y misión; y también cómo se manifiesta un mismo plan divino en medio de autores tan diferentes en estilo literario y en contexto. Y cada vez estoy más convencido de que preguntarnos por qué este texto es inspirado nos abre a una mejor interpretación. Y esta es la clave para entender la verdadera hermenéutica bíblica que presenta la *Dei Verbum* 12, como consecuencia de la inspiración bíblica que muestra una verdad para nuestra salvación. Cómo es esta verdad revelada en tiempos tan alejados para nosotros, y cómo se manifiesta en cada texto bíblico, es tarea del exegeta.

Hace más de una década conocí la génesis de este libro. A. M. Artola había venido a Murcia a unos ejercicios espirituales con las Concepcionistas Franciscanas. Cuando me enteré le pedí que viniera a nuestro Instituto Teológico del Seminario a hablarnos de la inspiración bíblica, y a cambio me pidió que le llevara a conocer el Santuario de la Cruz de Caravaca. En aquel viaje pude compartir mis dificultades para explicar la inspiración, y en aquella conferencia en el Seminario nos habló de esta palabra interior que es la palabra inspirada. Comprendí la necesidad de entrar en esta hermenéutica de la palabra interior sentida, vivida y comunicada.

El desarrollo de este libro es diacrónico a lo largo de 12 capítulos, desde el primer conflicto dogmático sobre la inspiración bíblica en la segunda mitad

del s. XVI en Lovaina, hasta la situación actual. Este recorrido ayuda a mejor comprender todo el debate teológico y las dificultades planteadas a lo largo de estos cuatro siglos. La inspiración de las Escrituras es algo que está ya en 2 Tim 3,14, pero no se define como dogma hasta el Vaticano I. Es necesario comprender el porqué de la obsesión por la inerrancia que afectó a la teología desde el Vaticano I, y que dejó desamparada a la teología católica, pues las nociones abstractas sobre la inspiración tenían una difícil aplicación en las primeras décadas del s. XX. En este sentido la encíclica de León XIII no supo abrir el círculo y se convirtió en un documento problemático. Había que esperar a Pio XII, que apacigua el debate hablando de los géneros literarios con los que escribieron los autores en su momento, pero no aportó novedad desde el tema de la inspiración a nivel metodológico. Y 20 años después la *Dei Verbum* fue la que abrió el círculo de la inerrancia, suprimiendo esta palabra de su redacción, y abriendo así el círculo para que en la interpretación bíblica pudiera entrar el siempre necesario diálogo con las ciencias históricas y naturales. Era de esperar que se pudiera abrir desde una hermenéutica católica a una interpretación bíblica más acorde con el verdadero sentido de la Sagrada Escritura. La inerrancia y su defensa cerraba cada vez más el círculo y dejaba la Biblia y su interpretación como un problema ante la crítica histórica. El Concilio Vaticano II supuso “la superación de la obsesión por la inerrancia que dominó el estudio bíblico en el mundo católico después de la *Providentissimus Deus* de León XIII. Sólo así era posible establecer el itinerario hermenéutico que redacta *Dei Verbum* 12: necesidad de una investigación exegética seria, con la consiguiente necesidad de una crítica literaria e histórica. Y esto como premisa para establecer los principios de una hermenéutica teológica.

Para Artola el punto de inflexión en este largo debate, que llegó a ser áspero, está en la definición de *Dei Verbum* 9, cuando afirma que la Sagrada Escritura es la Palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo. “Esta enseñanza la consideramos como el culmen de toda la búsqueda histórica sobre lo esencial de la Biblia. Lo que dicha definición conciliar enseña es que la Escritura es la cristalización de la Palabra de Dios *interior*, en una realidad de palabra *exterior* que es la *Biblia*” (pág. 279).

Esta interioridad de la Palabra aparece en la Sagrada Escritura como una palabra interior que se hace externa en la Nueva Alianza (Jr 31,33; 2 Cor 3,3), y será ya una palabra perenne que se realizará con la encarnación del Verbo en Jesús. Y esto es algo que trasciende toda cultura. Esto es lo que subraya la instrucción de la Pontificia Comisión Bíblica del año 2014 sobre la inspiración. Una Palabra que viene de Dios y el acto mismo de la proveniencia es la inspi-

ración. El Verbo es la palabra interior de Jesús, y su locución en el Evangelio es la palabra exterior, recogida en el NT.

Artola termina mostrando cómo desde la filosofía del lenguaje es posible entender la interioridad de la palabra con las contribuciones de Lonergan y Zubiri, y su génesis como expresión lingüística. Y desde la obra clave para la hermenéutica de G. Gadamer, pues este autor tan importante, en sus escritos fue dando una importancia mayor a la palabra interior hasta convertirla en el fundamento de la filosofía hermenéutica. Y en esta perspectiva se sitúa la *Dei Verbum*, después de siglos de especulación sobre la inspiración.

Pero en realidad, para Artola la recepción católica de la hermenéutica católica que propone *Dei Verbum 12* ha sido casi nula. Y creo que tiene razón, pues yo también constato que mientras que la exégesis académica intensificó lo histórico crítico del sentido literal, no pocos grupos católicos han prescindido de esta exégesis y han buscado una lectura espiritual, pero que en realidad se queda en “espiritualista”. Yo personalmente añadiría también que no pocos sacerdotes y obispos prescinden de la exégesis bíblica en su predicación, y a veces prescinden también de la Palabra proclamada como Palabra de Dios. Y esta preocupación ya se constató en el Sínodo de 2009. Y se trata simplemente de algo que es sencillo pero que exige el principio básico de la *Dei Verbum 12*: “La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita”. Y este principio hermenéutico es para todos, empezando por los mismos exegetas, los cuales estamos llamados a explicar cada libro y cada texto desde la inspiración, desde el Espíritu divino que sostiene cada texto.

Cristóbal Sevilla Jiménez  
*Instituto Teológico san Fulgencio*